

## La cabaña

A Luisa le gustaba pasear por el campo. Lo hacía desde niña y solía ir una vez al día. Siempre paseaba por el mismo campo, al que ella llamaba *el campito*. No importaba el tiempo que hiciera. Podía hacer calor o frío, o llover, incluso nevar, que ella no se perdía sus paseos por nada del mundo. En treinta y tantos años sólo había faltado a su cita durante tres semanas, una por el tifus, que casi la mata, y las otras dos porque sus padres se empeñaron en llevarla a la playa, “tienes que conocer el mar” le dijeron y no le dieron opción. Aquella tarde de invierno caminaba con dificultad por la nieve, en la que se hundía casi hasta los tobillos, y estaba aterida de frío por el fuerte viento norte que soplaba sin descanso. Una espesa niebla, que caía rápidamente sobre *el campito*, apenas dejaba ver más allá del siguiente árbol. De pronto se topó con una cabaña que no había visto nunca antes. Había pasado por allí infinidad de veces y jamás la había visto. Su cuerpo tembló ligeramente, quizá por miedo aunque ella lo achacó al frío. Se acercó con cautela y le dio una vuelta por fuera. Intentó ver a través de las ventanas, pero el interior estaba oscuro. Volvió a la puerta principal y llamó con los nudillos. Nada. Insistió. Le pareció oír un ligero murmullo que se acalló en cuanto llamó de nuevo. Esperó. Llamó otra vez acompañándose de un “¿hay alguien ahí?”. Silencio. Ya se iba cuando oyó a sus espaldas el chirrido de la puerta que se abría. Dio un respingo. Volvió sobre sus pasos y escudriñó a través de la puerta abierta. De nuevo, el ligero murmullo que había oído antes, ahora con más intensidad. Creía identificar voces que cuchicheaban pero no estaba segura. “¿Hay alguien ahí?” gritó de nuevo y dio unos pasos hacia el interior. Silencio. La oscuridad era absoluta, lo que le llamó poderosamente la atención. “Aún no es de noche, debería entrar algo de luz por la puerta”, se dijo mirando hacia atrás para comprobar que seguía abierta. Y así era. Deslizando los pies por el suelo y extendiendo los brazos para detectar cualquier obstáculo, avanzó unos pasos más hasta que la oscuridad se la tragó. Volvió a oír lo que antes fueron murmullos y ahora las voces de sus amigos muertos.